

El rechazo

Dr. Justo L. González



El Discípulo 2.5 (9 de 13)

Mateo 13.54-58

31 de enero de 2010

Tema: Evidencias del Mesías**TEXTO ÁUREO**

«Y no hizo allí muchos milagros debido a la incredulidad de ellos».

—Mateo 13.58

CRISTO: EL CUMPLIMIENTO

El rechazo

RVR**VP****Mateo 13.54-58**

⁵⁴ Vino a su tierra y les enseñaba en la sinagoga de ellos, de tal manera que se maravillaban y decían: —¿De dónde saca este esta sabiduría y estos milagros?

⁵⁵ ¿No es este el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos, Jacobo, José, Simón y Judas?

⁵⁶ ¿No están todas sus hermanas con nosotros? ¿De dónde, pues, saca este todas estas cosas?

⁵⁷ Y se escandalizaban de él. Pero Jesús les dijo: —No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su casa.

⁵⁸ Y no hizo allí muchos milagros debido a la incredulidad de ellos.

Mateo 13.54-58

⁵⁴ y llegó a su propia tierra, donde comenzó a enseñar en la sinagoga del lugar. La gente, admirada, decía: —¿Dónde aprendió este todo lo que sabe? ¿Cómo puede hacer esos milagros?

⁵⁵ ¿No es este el hijo del carpintero, y no es María su madre? ¿No es el hermano de Santiago, José, Simón y Judas,

⁵⁶ y no viven sus hermanas también aquí entre nosotros? ¿De dónde le viene todo esto?

⁵⁷ Y se resistían a creer en él. Pero Jesús les dijo: —En todas partes se honra a un profeta, menos en su propia tierra y en su propia casa.

⁵⁸ Y no hizo allí muchos milagros debido a la incredulidad de ellos.

Introducción

Muchas veces nos molesta y nos preocupa, con razón, el que muchas personas rechacen a Jesús. No cabe duda de que esto debería preocuparnos, y que debemos hacer todo lo posible para que nuestra invitación al discipulado sea persuasiva.

Al mismo tiempo que nos preocupamos por eso, es igualmente importante que nos preocupemos por el peligro de aparentemente familiarizarnos tanto con Jesús—es decir, de hacernos la idea de que conocemos tan bien a Jesús—que pensamos que ya no tenemos nada nuevo que escuchar de Él. Eso también es rechazarle.

Uno de los principales peligros que corremos los creyentes es imaginarnos que tenemos a Dios, por así decir, «en el bolsillo». Hemos creído en Él. Hemos decidido seguirle. Le hemos visto hacer milagros. Nos imaginamos que ahora Dios nos pertenece, que ya no tenemos nada más que aprender o que corregir. El resultado es que perdemos la apertura que nos permite ver las acciones de Dios en torno nuestro, y llegamos a pensar que somos nosotros quienes controlamos a Dios, y no viceversa. Todo esto es en parte resultado de una falsa familiaridad.

Algo semejante les sucede a quienes escuchan a Jesús en la sinagoga de su propia tierra, en Galilea. Jesús se crió entre ellos. Conocen su familia. Saben que su padre es el carpintero, que su madre se llama María, y hasta los nombres de sus hermanos. Le conocen tan bien que, aunque se maravillan de su sabiduría, no pueden creer en Él. ¡Le rechazan porque se imaginan que le conocen!

En el curso de esta lección, nos preguntaremos si no existe el peligro de que también nosotros y nosotras no imaginemos que conocemos tan bien a Jesús y al Evangelio, que sin siquiera percatarnos de ello rechazamos a este Jesús sorprendente cuya sabiduría va más allá de todo lo que podamos pensar.

Mateo 13.54-58

El pasaje es paralelo al que aparece en Lucas 4, donde Jesús lee el rollo en la sinagoga y empieza a enseñar. Al principio quienes le escuchan se maravillan de sus enseñanzas. Cuando Jesús les hace ver que el hecho de que sean sus paisanos no les producirá ventaja alguna, pues Dios frecuentemente prefiere a los lejanos antes que a los cercanos, se molestan con Él a tal punto que procuran matarle, y Jesús tiene que huir.

También aquí, en el pasaje de Mateo que estudiamos hoy, ocurre algo parecido—aunque Mateo da menos detalles que Lucas. Jesús regresa a su tierra natal después de haber estado en varios otros lugares predicando y sanando. Ahora, como sería su costumbre en otros lugares, va a la sinagoga y empieza a enseñar. Mateo no nos dice qué era lo que enseñaba en esa ocasión particular. (Lucas sí dice que predicó sobre Naamán el leproso y sobre la viuda de Sarepta, ambos extranjeros a quienes Dios bendijo y privilegió.) En los capítulos anteriores Mateo nos ha dado abundantes ejemplos de las enseñanzas de Jesús. En este mismo capítulo 13, antes del pasaje que estudiamos hoy, Mateo nos presenta a Jesús contando las parábolas del sembrador, del trigo y la cizaña, del tesoro escondido y de la perla de gran precio, e impartiendo otras enseñanzas. Es de suponerse que lo que Jesús enseñaba entonces en esta sinagoga, en su propia tierra, sería algo semejante.

Sea cual fuere el caso, el hecho es que quienes le escuchan se maravillan. El texto no dice claramente cuál es la naturaleza de ese sentido de maravilla. Es posible que se maravillen sencillamente de que un hombre a quien han conocido desde su niñez sea tan sabio. Es posible que se maravillen, no porque lo que dice sea bueno y agradable, sino porque les sorprende y ofende. (Como cuando una madre le dice a su hijo, «No puedo creer que hayas hecho tal cosa». Tal expresión indica sorpresa y asombro; pero no aceptación, sino todo lo contrario.)

De todos modos, sea que estén de acuerdo con Él o no, lo que les sorprende es sobre todo que conocen a Jesús, y no piensan que sea una persona especial. Podemos imaginar que, si no les gustaba lo que Jesús enseñaba, se dirían, «¿Quién es éste para pretender enseñarnos a nosotros? No es más que uno más de entre nosotros». (Como cuando hoy decimos, «No le hagas caso a ese, que es cualquier hijo de vecino».) Igualmente podemos imaginar que, si les agradaba lo que Jesús decía, también se preguntarían cómo era que podía enseñar con tanta sabiduría.

La segunda parte del v. 54, y los vv. 55 y 56, nos presentan gráficamente la reacción de estos paisanos de Jesús. Saben quiénes son Él y a su familia. Le conocen como al hijo del carpintero (José,

cuyo nombre no se da en este texto) y de María. Le conocen tan bien que pueden nombrar a varios de sus hermanos— Jacobo, José, Simón y Judas. (Significativamente, al referirse a las hermanas de Jesús no dan sus nombres, sino que sencillamente dicen «sus hermanas». Apparently, los nombres de las hermanas no importan ¡Un ejemplo más del modo en que el machismo se ha manifestado en la sociedad humana a través de las edades!)

De entre los hermanos de Jesús, Jacobo o Santiago (los dos nombres son el mismo) fue el que ocupó un lugar más prominente en los albores del cristianismo. Es sobre este Santiago que se cuenta la leyenda, según la cual Santiago llegó hasta España y fue enterrado en Santiago de Compostela. Fue en virtud de esa leyenda que Compostela se volvió lugar de peregrinación durante la Edad Media, y hasta nuestros días.

Lo que estas personas quieren decir al mencionar toda la familia de Jesús es que ni ellos ni Él parecen tener nada de extraordinario. Posiblemente algunos dirían—como dicen hoy cuando llega una pastora joven de regreso a su barrio— «a esa la conocí yo cuando andaba correteando por las calles».

El himnólogo mexicano-americano Carlos Rosas ha expresado todo esto en una bella canción en la que dice, entre otras cosas, que...

Un día Jesús estaba
predicando en Galilea
y la gente, muy asustada
decía: «profeta no puede ser».
Y más adelante añade Rosas:
Es uno de nuestro barrio.
Profeta no puede ser.
Es hijo del carpintero.
Profeta no puede ser.

El resultado de todo esto es que «se escandalizan»—es decir, que tropiezan, que no pueden creer. Lo que Jesús dice y enseña es extraordinario, pero Jesús no parece serlo. Luego, no hay que hacerle mucho caso.

Jesús les responde con lo que parece haber sido un dicho o refrán en su tiempo: «No hay profeta sin honra, sino en su propia

PROPÓSITO

El propósito de la lección de hoy será, primero, tratar de entender por qué en su propia sinagoga las mismas personas que se maravillan de la sabiduría de Jesús no creen en Él. Y lo segundo y más importante será recordarnos que, por mucho que le conozcamos, por mucho que asistamos a la iglesia, por muy bien que conozcamos la Biblia, Jesús siempre es soberano y se reserva la libertad de sorprendernos. Cerrar tal posibilidad es otro modo de rechazarle.

BOSQUEJO DE LA LECCIÓN

- I. Las reacciones de quienes escuchan a Jesús en su sinagoga:
 - A. Se maravillan de su sabiduría
 - B. Pero no creen en Él
- II. Esto se debe a que se imaginan que ya lo conocen.
- III. La posibilidad de rechazar a Jesús, no por enemistad, sino por imaginarnos que ya lo conocemos.
- IV. La necesidad de mantenernos accesibles a las sorpresas que el Señor pueda presentarnos.

tierra y en su casa». (O, como dice Lc 4.24, «ningún profeta es acepto en su propia tierra».) Interesantemente, este dicho, que parece haber sido un proverbio popular, sigue siéndolo hoy—y así, sobre esa pastora que se crió en el barrio y a quien no se le quiere dar autoridad, se dice una vez más que «nadie es profeta en su propia tierra».

Mateo termina la narración diciendo que Jesús «no hizo allí muchos milagros

debido a la incredulidad de ellos». Es interesante notar que Jesús pudo haber tratado de convencerles haciendo milagros. Eso sería lo que haríamos muchos de nosotros hoy—y frecuentemente es lo que hacen los televangelistas. Como hemos visto en otras lecciones, Jesús no es un mago que ande haciendo milagros para maravillar a la gente. En este caso, sencillamente no hace tantos milagros.

Aplicación

Cuando leemos en los Evangelios la historia de Jesús, una de las cosas que más nos sorprende es cuántos le rechazan. A veces se dice que fueron los judíos quienes le rechazaron. Eso confunde las cosas. Casi todas las personas con quienes Jesús se encuentra son judías, y por tanto no debe extrañarnos el hecho de que quienes le rechazan fueron casi todos judíos. También es cierto que quienes le aceptaron y le siguieron fueron judíos. El ser judíos o no poco tiene que ver con la aceptación o el rechazo de Jesús y su mensaje. Posiblemente una de las razones por las cuales tan frecuentemente se les hecha a los judíos toda la carga de haber rechazado a Jesús sea porque, si lo hicieron por ser judíos, eso no nos toca tan de cerca. Nosotros y nosotras no somos judíos, y por tanto eso no es problema nuestro. Como veremos en el resto de la lección, sí lo es.

Volviendo al tema de quienes rechazan a Jesús, lo más común en los Evangelios es que se le rechace porque ofende la religiosidad de la gente religiosa, o porque se temen las consecuencias políticas de sus acciones y enseñanzas. De lo primero hay numerosos ejemplos. Cuando Jesús en un día de reposo sana en la sinagoga a una mujer

encorvada, el principal de la sinagoga se molesta, pues Jesús ha violado la ley del sábado (Lc 13.10-17). Lo mismo sucede repetidamente cuando los escribas y los fariseos le ven sanando o recogiendo espigas en el día de reposo. Cuando le ven comiendo y bebiendo con publicanos y pecadores, o cuando acepta el tributo de una mujer pecadora, son también los líderes religiosos quienes le critican. Jesús ofende a la religiosidad de la gente pía, que cree que la fe y la obediencia a Dios se reducen a una serie de reglas, y que esas reglas se han de anteponer al amor y a las necesidades humanas.

En cuanto al rechazo por razones políticas, tenemos un claro ejemplo de ello en Juan 11.48. Allí, tras la resurrección de Lázaro, al tiempo que muchos se maravillan ante lo que Jesús acaba de hacer, los principales sacerdotes y los fariseos expresan el temor de que, si se corre la voz de lo

RECOMENDACIONES EDUCATIVAS

Entre las recomendaciones educativas que pueden servir de guía para el desarrollo efectivo de la clase, están las siguientes:

- Tras leer el pasaje bíblico, dirija una breve discusión. Si en su clase hay jóvenes, pregúnteles si recuerdan algún incidente en que alguien a quien no habían visto en mucho tiempo les dijo: «¡Qué grande estás! Yo te conocí desde que estabas en pañales», o algo por el estilo. Si no hay jóvenes, haga la misma pregunta, pero en este caso indagando si alguna de las personas presentes recuerda un incidente parecido en el que ella u otra persona le dijo a un joven algo así como «Muchacho, yo me acuerdo de cuando andabas gateando».

- ¿Por qué es que tales comentarios resultan ofensivos? No es porque sean mentira ni porque digan algo de lo que el joven debería avergonzarse, pues el caso es que todos y todas estuvimos en pañales, y todas y todos anduvimos gateando. Lo que ofende en tales comentarios, aunque no se diga ni se reconozca, es que son un modo de decirle al joven o la joven en cuestión que en realidad no tenemos mucho que aprender de él o de ella. Ya le conocemos. Ya sabemos quién es. Lo que es más, casi hasta estamos dando a entender que le conocemos mejor que él mismo o que ella misma, pues estamos diciendo que recordamos acerca de ellos cosas que ellos mismos no recuerdan.

- Lo que ofende es que, posiblemente sin saber lo que estamos haciendo, le estamos diciendo a esa joven o ese joven que ya les conocemos tan bien que la persona que han venido a ser a través de los años no nos interesa tanto como aquella persona débil y pequeñita que recordamos. Puesto que supuestamente le conocemos tan bien, lo que esa persona ahora diga o haga es de menor importancia.

- Algo semejante sucede en el pasaje que estamos estudiando. Los vecinos de Jesús se imaginan también que, aunque Jesús hable palabras de sorprendente sabiduría, no deja de ser aquel muchacho que vieron corriendo por los patios y con quien algunos de ellos mismos jugaron cuando eran también niños.

VOCABULARIO BÍBLICO

Hay en este pasaje dos palabras que vale la pena aclarar. La primera es «**CARPINTERO**». Aunque tradicionalmente se ha dicho que José era carpintero, la palabra que se traduce así bien puede referirse a otro oficio, como el de albañil. No es cosa de mayor importancia, sino solo de curiosidad.

Lo segundo es más importante. Es la referencia a los «**HERMANOS**» y las «**HERMANAS**» de Jesús. La importancia de esto radica en que a través de los siglos se llegó a enfatizar la virginidad de María, no como algo relacionado exclusivamente con el nacimiento de Jesús, sino como una virtud que ella poseía y que nunca perdió. Naturalmente, esto se asoció con tendencias ascéticas y monásticas que pensaban que la actividad sexual en sí misma contaminaba al ser humano, y que por tanto llevaban a la opinión de que María siguió siendo virgen aun después del nacimiento de Jesús. Las referencias a los hermanos y hermanas de Jesús se explicaban entonces de dos modos. En primer lugar, hubo quien las explicaba diciendo que José era viudo antes de casarse con María, y que estos hermanos de Jesús eran el resultado del primer matrimonio de Jesús. Frente a esto, cabe señalar que en ningún lugar de la Biblia se habla de tal matrimonio previo de José. En segundo lugar, algunos han sugerido que la palabra «hermanos» debería entenderse como «primos hermanos». Esto carece de todo fundamento, más allá del deseo de algunos intérpretes de insistir en la virginidad perpetua de María. Para nosotros los evangélicos, esto no tiene mayor importancia, pues nunca hemos enseñado la virginidad perpetua de María, y no pensamos que el que haya tenido relaciones sexuales con José después del nacimiento de Jesús, y tenido varios hijos e hijas, plantee dificultad alguna. Pero si debemos estar conscientes de estas interpretaciones, y de la razón de ellas, porque tales son todavía las interpretaciones vigentes entre nuestros hermanos católicos romanos.

que Jesús está haciendo, vendrán los romanos y les quitarán a los judíos la poca autonomía que tienen. Por eso se confabulan para matarlo. Lo que les preocupa no son las enseñanzas de Jesús, sino las posibles consecuencias de esas enseñanzas.

Por todas estas razones, en los Evangelios quienes rechazan a Jesús son muchos. Como bien dice Juan 1.11, «a lo suyo vino, y los suyos no le recibieron». Ese rechazo llevó por fin nada menos que a la cruz.

Hay otra razón por la cual algunos rechazan a Jesús: piensan que le conocen demasiado bien. Tal es el caso en el pasaje que estudiamos hoy. Aunque reconocen su sabiduría y se sorprenden ante ella, no puede quitarse de la mente que conocen a Jesús como uno de los hijos del carpintero y de María. Ya le conocemos, se dicen. ¿Qué tendrá que decirnos de nuevo?

Es en este punto que el pasaje que estudiamos nos invita a considerar nuestra propia condición. Hoy todavía hay muchas personas que rechazan a Jesús

porque no les gustan sus demandas sociales, económicas o políticas. Hay quienes le rechazan porque no quieren tratar a los enemigos como Jesús manda. Hay quienes le rechazan porque no es tan santurrón como ellos, porque quisieran que Jesús fuera una especie de sheriff celestial que anduviera ocupándose de que todos obedecieran las reglas, y castigando a quienes se salen de raya. Muy posiblemente para muchos de nosotros y nosotras la principal razón para rechazar a Jesús—muchas veces sin saberlo—es que nos imaginamos que ya le conocemos. En otras palabras, que nuestra actitud bien puede ser semejante a la de aquellos galileos que se maravillaban de la sabiduría de Jesús, pero a fin de cuentas terminaban diciendo, «¿No es este el hijo del carpintero y de María, y el hermano de Jacobo, José y los demás?».

Posiblemente nos sorprenda pensar que tal sea nuestra actitud hacia Jesús. Pero, ¿no es cierto que a veces nos imaginamos que ya conocemos sus enseñanzas tan bien que apenas las escuchamos? Estamos en la iglesia, y quien lee las Escrituras empieza diciendo, «He aquí, el sembrador salió a sembrar...» Al oír tales palabras, nuestra mente divaga, y pensamos en otras cosas. Después de todo, ya sabemos el resto de la parábola. Y lo mismo nos pasa si oímos decir que «un hombre iba de Jerusalén a Jericó», o que «viendo las gentes, subió al monte». Ya sabemos lo que viene después, y no esperamos escuchar cosa alguna que nos sorprenda.

Eso fue lo que les sucedió a quienes estaban presentes en aquella sinagoga en Galilea. Aunque lo que Jesús les decía mostraba una sabiduría sorprendente, esa sorpresa quedó eclipsada por la supuesta familiaridad que tenían con Jesús.

La tentación de rechazar a Jesús está siempre presente, incluso entre quienes creen en Él, le adoran, y vienen a la escuela dominical. No le rechazamos negándole abiertamente, pero sí desentendiéndonos de sus enseñanzas, dándole por sentado, no permitiendo que nos sorprenda. Ese Jesús que no sorprende no es el Jesús del Evangelio. El Jesús del Evangelio sorprende a sus vecinos, que se imaginan que ya le conocen tanto a Él como a su familia. Lo que es más, el Jesús del Evangelio sorprende incluso a la gente religiosa, y hasta a los líderes religiosos. (Recordemos los casos mencionados arriba, sobre las reacciones del jefe de la sinagoga y de los escribas y fariseos.) Más todavía, el Jesús de los Evangelios bien puede sorprendernos presentándonos opciones sociales, políticas o económicas que no son de nuestro agrado. (Recordemos el caso de la resurrección de Lázaro y la respuesta de los principales sacerdotes.)

Hay un denominador común en todo esto: queremos un Jesús domesticado, un Jesús a nuestra medida, y nos es muy fácil encontrar modos de inventarnos un Jesús tal como lo deseamos. Cuando tal hacemos somos como aquellos que primero le rechazaron.

Tristemente, al hacerlo nos perdemos la oportunidad de conocer y de seguir al Jesús de la fe, al Jesús que sorprende.

¿Será cierto que nuestra supuesta familiaridad con el mensaje y las historias de Jesús pueden convertirse en obstáculo que nos permita verdaderamente conocer y aceptar al Jesús de los Evangelios? ¿Podemos mencionar algunos casos concretos del modo en que esto puede ocurrirnos? ¿Qué hemos de hacer para evitarlo?

Resumen

- Sus vecinos no creen en Jesús, no porque no le conozcan, sino porque se imaginan que ya le conocen. Aunque le sorprenden las enseñanzas de Jesús, el mismo Jesús no les sorprende. Ya le conocen. Conocen a su familia.

- Éste es un modo de rechazar a Jesús en el que pocas veces pensamos. Vemos de inmediato, y nos duele, cuando alguien rechaza a Jesús abiertamente. Cuando se niega a creer. Cuando blasfema. Cuando sencillamente rechaza la invitación a seguir a Jesús. Pero cuando alguien niega a Jesús al mismo tiempo que parece conocerle bien, muchas veces no nos percatamos de ello. Lo que es más, muchas veces somos nosotros y nosotras quienes hacemos eso sin siquiera darnos cuenta. Puesto que vamos a la iglesia con Jesús, como algunos de los presentes iban a la sinagoga con Jesús, y porque hace tiempo que conocemos a Jesús, como algunos de aquellos vecinos suyos también le conocían, ya Jesús no nos sorprende. Ahora escuchamos sus parábolas y demás enseñanzas como pan comido. Aunque de una manera más sutil, ¡eso también es rechazar a Jesús!

- Puede terminar la clase volviendo a la discusión que tuvimos al principio, sobre un joven a quien alguien le dice, «Yo te conocí desde chiquito». Pregunte si no será que a veces quienes somos más fieles en la asistencia a la iglesia corremos el peligro de decirle algo parecido al Señor.

Oración

Señor, te damos gracias por tus grandes sorpresas. Tú eres un Dios sorprendente, un Dios que hace lo inesperado. Repetidamente nos has sorprendido. Nos sorprenden todavía la belleza y el alcance de tu creación. Sobre todo nos sorprende lo que has hecho por nosotros y nosotras en tu más grande sorpresa, nuestro Señor Jesucristo. En su nombre te pedimos que nos sorprendas de nuevo, que nos llames una vez más a nuevas aventuras de fe y de obediencia. Amén

**LECTURAS DEVOCIONALES PARA
LA PRÓXIMA SEMANA****Lunes**

Lucas 2.25-35

Miércoles

Hechos 13.44-49

Viernes

Apocalipsis 21.22-27

Martes

Romanos 2:1-11

Jueves

Isaías 60.1-5

Sábado

Romanos 15.7-13